

Los partidos políticos tradicionales y el descenso de la oligarquía en el Ecuador

FRANCISCO R. DÁVILA

INTRODUCCIÓN

En el análisis de los gobiernos militares que tiene el país desde 1972 se puede palpar muy de cerca la crisis de las oligarquías y su representación política, los partidos tradicionales conservador y liberal. En realidad esta crisis se venía ya gestando desde los años sesenta pero su agudeza máxima se expresa en la presente coyuntura.

Vistos en su génesis dialéctica los partidos políticos son la expresión organizada de los intereses de los diferentes grupos de la sociedad y estos últimos van cambiando junto con el desarrollo dinámico del capitalismo en la formación social ecuatoriana. Esto, necesariamente, repercute en la crisis de representación de los partidos y en su posterior reestructuración, una vez que la burguesía industrial reinante, a través de los militares, se consolida políticamente y da los pasos necesarios para institucionalizarse en el poder en forma directa, es decir, a través del consenso social, formalizado en el voto universal y en el parlamento.

Se constata en el análisis de la presente coyuntura la incapacidad manifiesta de los sectores oligárquicos: terratenientes y sus afines agroexportadores y comerciantes, en llevar adelante su proyecto de acumulación basado en el comercio exterior, generador de divisas, y en la producción agrícola con precios preferenciales, justamente cuando decae la dinámica de las exportaciones bananeras y el petróleo aparece en el horizonte nacional. Pero, es aun más patético su anquilosamiento político y su ineficacia en crear un consenso social capaz de aglutinar fuerzas favorables para su ascenso al gobierno o a la dirección suprema del bloque que, hasta 1972, habían mantenido a pesar de sus condiciones críticas.

A no dudar, la agresiva fuerza con que el capital arremetió en todos los frentes en estos últimos diez años desintegró la cohesión oligárquica y

proyectó en el ámbito social y político a la burguesía industrial moderna, de origen urbano, protegida por el Estado. Los militares, como institución, invadieron con habilidad el escenario político; coparon el Estado y desarmaron a los partidos tradicionales. Éstos fueron incapaces de representar a los nuevos grupos sociales surgidos con la modernización y en especial al nuevo sector hegemónico cuya expresión política toman las fuerzas armadas.

Las crisis son momentos importantes de dispersión de fuerzas pero se resuelven en una acumulación más concentrada. Las oligarquías empeizaron su diferenciación a partir de 1925. El partido conservador, la fuerza electoral más antigua, compuesto esencialmente por la aristocracia de la tierra y de la toga, interesado en la manutención de rancieros privilegios supo, desde los inicios de la república, manipular y dirigir ideológicamente a los sectores rurales y urbanos compuestos fundamentalmente por campesinos, artesanos, pequeños propietarios y comerciantes urbanos imbuidos por la ideología de la Iglesia católica. Ésta, al igual que los jefes del partido, era una gran latifundista. Pero con el desarrollo de las exportaciones de cacao y el auge del comercio, a partir de 1900, en la costa principalmente, aparecen nuevas fuerzas opuestas a la hegemonía conservadora; éstas, poco a poco, se van aglutinando y conforman un núcleo que se constituye en el motor ideológico de la reforma liberal de 1895. La plana mayor de estos dirigentes, formada por comerciantes agroexportadores costeños pero también por intelectuales y militares de todo el país, forman la célula central del partido liberal. Éste crece y se fortifica teniendo en sus manos el poder. Sin embargo, este núcleo social no pudo implantar su hegemonía sobre toda la nación,¹ por eso, a partir de 1925 tiene que pactar con los terratenientes que, además de tener el poder político local (alcaldías y municipios serranos), por medio del clero, su "intelectual orgánico",²

¹ Esta hegemonía no se refiere al dominio político que los liberales ejercieron desde 1895 hasta 1925 a través de la fuerza de las armas, del fraude electoral, de la persecución y el destierro de sus adversarios, de la presión de los garroteros en el parlamento y del golpe de Estado, cuando los medios anteriores no fueron suficientes, para conservar el poder. Hablamos de "hegemonía social y en el gobierno político es decir [del] consenso 'espontáneo' otorgado por las grandes masas de la población a la directriz marcada a la vida social por el grupo básico dominante, consenso que surge 'históricamente', del prestigio —y por tanto de la confianza— originado en el grupo prevalente por su posición y su papel en el mundo de la producción". A. Gramsci, *La formación de los intelectuales*, Ed. Grijalbo, México, 1967, pp. 30-31.

² "Todo grupo social que surge sobre la base original de una función esencial en el mundo de la producción económica, establece junto a él, orgánicamente, uno o más tipos de intelectuales que le dan homogeneidad no sólo en el campo económico, sino también en el social y en el político. El empresario capitalista crea consigo al técnico de la industria, al docto en economía política, al organizador de una nueva cultura, de un nuevo derecho... La categoría de los eclesiásticos se puede considerar la jerarquía intelectual orgánicamente ligada a la primitiva aristocracia de la tierra." *Ibidem*, pp. 21 y 23.

dirigían a la gran masa campesina y rural serranas. Juntos logran controlar, con algunas reformas, el ascenso social de los sectores urbanos.

A partir de esa fecha las oligarquías, a pesar de sus diferencias ideológicas y de sus discrepancias políticas, deben colaborar entre sí, aliarse en función de preservar el sistema de dominación. Ahora bien, mientras las fracciones oligárquicas tradicionales (agroexportadores, comerciantes, banqueros y terratenientes) van diferenciándose no sólo de los nuevos agroexportadores, comerciantes, banqueros y terratenientes sino de los primeros empresarios-industriales, sus representaciones partidarias (liberales y conservadores), en las lides políticas, al mismo tiempo que luchan por el poder presidencial se alían para impedir que las nuevas fuerzas sociales surgidas en las urbes (los sectores medios,³ los primeros obreros y trabajadores organizados) accedan a la participación en el poder por intermedio de los partidos socialista y comunista que los expresan políticamente, a partir de 1926 el segundo y desde 1931 el primero.

De 1930 a 1950, el desarrollo del capitalismo en el interior de la formación social va lentamente gestando nuevas condiciones estructurales y las manifestaciones sociales de éstas se expresaron en una larga crisis política e ideológica que preludia la declinación de la hegemonía oligárquica y el surgimiento de nuevas contradicciones en el bloque de poder.

A duras penas las oligarquías logran, a través de sus partidos, mantenerse en el poder. El partido liberal ya no puede conciliar sus ideales libertarios, inspirados en la gesta guerrera contra los resabios coloniales en 1895, con una auténtica participación política por la que pugnan los sectores populares. La división creciente en ese partido y sus pugnas ideológicas revelan esta contradicción que en la actualidad ya hizo crisis. Tampoco el partido conservador —heredero de un nacionalismo que con celo preservó los grandes latifundios y en el cual arraigó una ideología religiosa opuesta a los excesos del liberalismo radical, anticlerical y ateo, pero defensora de la explotación de grandes masas de indígenas—, logró aglutinar las aspiraciones de los sectores medios que luchaban por cambios materiales y sociales que les permitieran acceder al poder. Por ello, en sus adentros, acariciaba una solución militarista preservadora de la religión, del orden, de la moral y de la paz, puntales de todo progreso material y espiritual del país. Ni siquiera los partidos de inspiración marxista pudieron articular en sus discursos políticos las aspiraciones populares, al confundir los avances materiales con los cuales se expandía el Estado liberal con los confusos deseos de liberación de las grandes masas campesinas sometidas a una ideología con resabios precapitalistas; no les quedaba más alternativa que refugiarse en un radicalismo alejado de las luchas populares o defender el desarrollo

³ Nos referimos a los sectores que, surgidos por el desarrollo del capitalismo en las ciudades del país, desempeñan funciones directa o indirectamente relacionadas con las actividades productivas. Así por ejemplo: empleados de gobierno, funcionarios, oficinistas, trabajadores manuales, profesionales, técnicos, de los sectores secundario y terciario particularmente, y toda la gama de intelectuales.

del capitalismo como precondition material para el desarrollo de la clase obrera. En este panorama crítico las fuerzas oligárquicas pactaron en lo esencial: defendieron sus intereses particulares a toda costa. Como ninguno de sus proyectos políticos era concordante con sus intereses económicos, adaptaron un escenario político de amplia resonancia para negociar, en las mejores condiciones, según la correlación de fuerzas disponibles, sus diferencias de base. No pudieron construir un Estado fuerte, concentrado y moderno capaz de ser la expresión de la hegemonía de una clase o fracción, pero sí forjaron los mecanismos esenciales para permitir la filtración selectiva de élites de origen popular que al articularse en la práctica política defendieran sus intereses particulares. No fue el Estado oligárquico la fuerza unificadora de las fracciones dominantes (de la burguesía como clase) pero la organización política, fruto de este pacto, sirvió para que los intereses particulares de cada una de las fracciones dominantes (costeños, agroexportadores, comerciantes, banqueros y pequeños industriales, básicamente productores para el mercado internacional e intermediarios del mismo) y las de los serranos (terratenientes, comerciantes, banqueros y pequeños industriales con raigambre en la producción y comercio interno) constituyeran, a partir de los años sesenta y particularmente con el régimen militar, un centro de expansión de intereses comunes. Vale decir que sirvieron para la conformación de una burguesía industrial moderna con su propia base interna de acumulación.

De ahí que liberales y conservadores no tuvieran más alternativa que aceptar a partir de 1940, además de los partidos comunista y socialista ya existentes, nuevas agrupaciones partidistas a las cuales deberían combatir o apoyar para captar a los sectores populares. Se trataba tanto de masas sub y semiproletarias del Guayas, en constante proliferación dado el acelerado crecimiento urbano impulsado por las necesidades de la economía agroexportadora y el comercio internacional, como de migrantes del campo que, atraídos por mejores oportunidades de trabajo y de servicios habitacionales, educativos y sanitarios, fruto de la modernización, se habían establecido en las urbes del país. Éstos fueron atraídos por el velasquismo y la Concentración de Fuerzas Populares (CFP), ambos de raigambre populista.⁴ También apareció en 1942, después de la guerra del Ecuador con

⁴ Históricamente el velasquismo aparece en los inicios de 1930, toma cuerpo con el primer ascenso de su "líder carismático" al poder en 1930 y declina con el ocaso del mismo en los inicios de 1972. La CFP aparece en 1949 y se consolida como partido junto con el velasquismo y los liberales, a los cuales apoya. En 1960, el fracaso de su máximo líder en las elecciones presidenciales, lo deprime casi completamente. Desde 1961, bajo una nueva dirección, surge pujante en el Guayas donde conquista una alcaldía. Aprovechando la crisis política de los partidos tradicionales adquiere nuevos adeptos y se presenta como el seguro ganador para las frustradas elecciones de 1972. Actualmente este partido, en alianza con la democracia cristiana (que para efectos de las primeras elecciones del 16 de julio de 1978 se apellidó Democracia Popular, *DP*, y ganó a los partidos tradicionales con un margen de 31% de votos frente al 23% y 22% de la alianza conservadora y de los liberales), gobierna en el Ecuador. Pero dada la heterogénea composición de sus bases sociales y la confusa

Perú, la Alianza Revolucionaria Nacionalista Ecuatoriana (ARNE) para luchar por los derechos territoriales del Ecuador, vilmente quebrantados con la firma del Protocolo de Río de Janeiro.⁵

En esta etapa de transformación que experimentaba el país y en el interior de un complejo abanico de nuevos sectores sociales que estaban surgiendo, los partidos conservador y liberal, en los que históricamente habían participado las oligarquías, tenían que remozarse, buscar nuevas alianzas o caminar hacia su desintegración.

Pero renovarse era un atentado contra la permanencia, en su dirección política, de los intereses peculiares a los grupos de notables que por fuerza de las presiones populares habían admitido en sus cenáculos selectos a ideólogos e intelectuales de estratos sociales medios y hasta populares. De allí que advino su inevitable crisis. El conservadurismo, dadas sus contradicciones internas, rivalidades y enfoques ideológicos distintos, en 1950 se fractura internamente. El resultado de esta escisión fue el Partido Patriótico Popular (PPP) con poca incidencia posterior. No obstante, esta división interna fue positiva puesto que le permitió rejuvenecerse ideológicamente y captar como aliados electorales a fuerzas afines tales como el Partido Social Cristiano (PSC),⁶ ARNE y fracciones velasquistas, con las cuales se reparte el poder en 1956.

El liberalismo, por su lado, experimentó y experimenta actualmente contradicciones más hondas en su seno. Portavoz a la vez de la ideología de las fuerzas sociales que vieron frustrarse la "revolución liberal" y que la siguen deseando, de los intereses de comerciantes exportadores y banqueros, que ven con buenos ojos la libre entrada del capital financiero, con el cual prosperan sus negocios, y de los intelectuales que intentan pasar de las ideas de libertad y democracia del ala jacobina del liberalismo europeo hacia ideales socialdemócratas, el partido no ha podido encontrar su punto de equilibrio. Perdido en esta maraña ideológica, pragmáticamente orientado, se une en 1950 con los partidos populistas para arrebatar a los conservadores

ideología que las aglutina, a pesar de haber liquidado a los partidos tradicionales de raigambre oligárquica se debate en una profunda crisis que puede hacerlo desaparecer del escenario de la política ecuatoriana o resurgir fortalecido si utiliza su poder para dar el golpe de gracia a las oligarquías que lo manipulan para su propio provecho político.

⁵ En realidad, sus principios inspirados en los movimientos fascistas de corte europeo eran la respuesta de la más radical y ultramontana oligarquía a los avances de las masas populares en los años posteriores a la segunda guerra mundial. De allí que su organización paramilitar y su infiltración clandestina en las universidades y sindicatos tiene como finalidad ganar adeptos entre los estudiantes y obreros para enfrentar al "comunismo internacional arraigado en el país".

⁶ Surgido en 1951 como el primer esbozo de un conservadurismo con preocupaciones sociales a partir de las enseñanzas de la Iglesia, es la matriz que gesta violentamente a una fracción cristiana progresista que con otros grupos afines, ligados a organizaciones estudiantiles y sindicales, conformará en 1964 la democracia cristiana (PDC). Ésta actualmente está en crecimiento y tendrá posibilidades de consolidarse, ahora que su líder máximo llegó a la vicepresidencia.

fuerzas electorales y no quedarse fuera de los escaños del poder; no ha podido visualizar las transformaciones profundas de la sociedad y en lugar de ser el portador histórico de la burguesía urbana moderna, se ha paralizado en defensa de la oligarquía agroexportadora y financiera del país.

Ahora bien, si a partir de 1948 los agroexportadores, comerciantes y banqueros viven el auge de la exportación bananera, los terratenientes, comerciantes y banqueros serranos disfrutan de la abundancia. A estas alturas, las crisis estructurales que habían removido al país desde 1925 parecen calmarse. Es que el capitalismo ya ha tocado de lleno en los circuitos productivos más dinámicos de la costa y de la sierra y los indicios de una industria floreciente aparecen no sólo en Quito y Guayaquil sino en otras ciudades del país. Esta decantación de más o menos una década, a su vez permite la consolidación de los grupos económicos costeños y serranos y su unificación por afinidades. Se percibe claramente un núcleo de empresarios nacionales interesados en el desarrollo del país, en la implantación del capitalismo a toda costa, por lo que alientan la acción del Estado, de la iniciativa privada y del capital extranjero en la dirección de la economía. El comercio de exportación es el factor dinámico de este nuevo despuntar y las oligarquías costeñas y serranas, como antaño, se complementan mutuamente. El pacto político en el interior del bloque es respetado y las reglas de la democracia burguesa funcionan mejor que nunca, lo que no significa que no se luche por captar el mayor contingente de sectores populares para afianzar posiciones ya adquiridas en el interior del mismo. Ahora bien, la bonanza dura poco: las exportaciones bananeras decaen en los últimos años de la década de los cincuenta y para inicios de los sesenta se percibe un decaimiento del dinamismo económico general.

Un ciclo crítico del desarrollo del capitalismo empieza en 1960. En la década anterior el proceso de modernización de la estructura económica envejecida se había iniciado pero al cabo de diez años no había podido liquidar las formas económicas complejas opuestas a su paso. La reforma agraria era una necesidad ineludible para iniciar una etapa de acumulación y reproducción interna de los núcleos de burguesía capitalista. Éstos se habían gastado desde 1925 junto con los sectores oligárquicos ya envejecidos. Una sorda pugna se venía generando pero ésta aflora en la escena política en los años sesenta. Agroexportadores y terratenientes coligados con el capital bancario de origen nacional y extranjero insistían en no cambiar las bases de un capitalismo en su fase básicamente mercantil cuando ésta daba ya señales de franco agotamiento. Por otro lado los sectores burgueses industriales y financieros pujaban por consolidar una nueva fase, la de reproducción ampliada de las condiciones internas de acumulación; justamente cuando el capitalismo en el nivel mundial se readecuaba para impulsar procesos integrados de industrialización en los países que hasta ese entonces habían servido de abastecedores de materias primas y productos alimenticios. Una serie de reformas se imponían como necesi-

dad inmediata y los problemas sociales y desequilibrios políticos, apaciguados por la bonanza de los años cincuenta, volvieron a surgir.

En este trance, los sectores subproletarios y semiproletarios proliferaron con el *boom* bananero (en los suburbios de Guayaquil especialmente) y los sectores medios, presionados por la urbanización y las migraciones a las ciudades del país, irrumpieron a su vez con exigencias y amenazas. De igual modo, los sectores proletarios populares y estudiantiles, golpeados por el vertiginoso ascenso del capital, también pusieron en jaque a las fuerzas de conservación.

Por su lado las oligarquías, viendo que los partidos que las representaban estaban en la década de los sesenta perdiendo la capacidad de conducir a las masas, empezaron a filtrarse en los partidos populistas sin abandonar del todo su representación histórica. Pero esta especial facultad de ubicuidad y las presiones que ejercían desde fuera, en el afán de defender sus privilegios, no les permitían sino una manipulación indirecta de las masas y arreglos políticos fuera de las reglas de juego preestablecidas. Además, sus gastadas ideologías empezaron a devenir ineficaces. El laicismo y el anticlericalismo, banderas levantadas por los liberales, resultaban ineficientes; de igual modo el apego a la religión, a la moral y a las costumbres manejado por los conservadores y el clero tradicional. En 1960 la sociedad ecuatoriana iniciaba su secularización y las verdades religiosas tanto como las abstracciones libertarias debían materializarse en conductores populares de los que carecían las opacas fuerzas de la oligarquía y sus partidos tradicionales.

El populismo era la solución más viable para las clases dominantes y a él acudieron, sacrificando su participación directa en el poder.⁷ Pero esta solución en una etapa crítica como la que se vivía, no sólo en el Ecuador sino en toda América Latina, resultaba altamente peligrosa tanto para el equilibrio interno del bloque en el poder como para el sistema de dominación imperante.

La debilidad de los agroexportadores en la economía era una incitación para que los terratenientes, duchos en la negociación y en las componendas, se unieran con los sectores burgueses emergentes: industriales y fi-

⁷ "Es indiscutible —dice Agustín Cueva—, que tanto la burguesía liberal como los terratenientes conservadores habrían preferido gobernar directamente, sin la mediación del veleidoso caudillo [Velasco Ibarra]. Pero a falta de un 'consenso' para sus partidos (el liberal y el conservador) y ante la dificultad de superar sus propias contradicciones, les era preferible permitir que gobierne un tercero que presentaba ventajas tan evidentes como la de haber dado garantías contra las 'hambrientas fauces de la demagogia [que pretenden] [intercalación de A.C.] suprimir la propiedad particular, única creencia real de la burguesía del Ecuador [el autor cita a J. M. Velasco Ibarra, *Democracia y constitucionalidad*, p. 292], de haberse proclamado liberal al mismo tiempo que cristiano y de ser popular entre los sectores más pobres e insumisos de la población urbana. Serrano amado por el subproletariado de la costa, Velasco hasta resultó una fórmula ideal para superar la oposición 'regionalista'." *El proceso de dominación política en Ecuador*, Ediciones Crítica, Quito, 1972, p. 83.

nancieros, y saltaran a la hegemonía del bloque. Pero los banqueros y negociantes de Guayaquil, sector dinámico de la oligarquía agroexportadora, también intentaban subir a la cumbre del poder y contaban con el apoyo del capital monopólico internacional. De otro lado, agroexportadores industriales y agrarios miraban también por una fórmula de acumulación de capital menos vulnerable a las crisis del mercado externo y en la que el capital extranjero sería el motor para el despegue. En resumen, el "consenso interno" para el equilibrio hegemónico se iba rompiendo y no había posibilidad de salir de este estado de cosas sin reformas que, de modo drástico, liquidarían los intereses de cada sector pero permitirían la reproducción ampliada de la burguesía en su conjunto. Pero, en este caso, también la amplia gama de reformas era un arma de doble filo; por un lado éstas irían directamente contra las fuerzas económicas más conservadoras, base de sustentación de los núcleos oligárquicos más sólidos; por otro, se requería una movilización social para respaldarlas, pero, en este caso, se corría el riesgo de que las presiones populares rompieran este encuadre reformista. Fracasadas pues las negociaciones, sobrevino la dictadura militar en 1963 como nueva solución arbitral al desacuerdo político. El sistema partidista, el voto y el parlamento habían quedado como instituciones ineficaces. Las fuerzas del capitalismo, los sectores industriales y financieros, saltaban las barreras e intentaban, apoyados en el Estado, conformar un nuevo proyecto hegemónico. Pero, aun la fuerza política de las oligarquías se imponía, pues ellas lograban captar ciertos centros de decisión para imponer su veto sobre las reformas. Éstas, francamente, ponían las primeras bases para un modelo de acumulación basado en la industrialización del país bajo los impulsos del Estado. Pero las estructuras envejecidas (las de una producción agrícola destinada al mercado internacional y de una agricultura tradicional que apenas servía para abastecer el consumo interno) exigían profundas modificaciones, si se quería que sirvieran de base sólida para un desarrollo industrial como el proyectado por la junta militar en 1964. Ni siquiera el capital del imperio norteamericano estaba dispuesto a respaldar tales inversiones porque el país no tenía con qué pagarlas y la situación política que se vivía en esos momentos no presentaba la suficiente garantía como para correr riesgos; peor aún los sectores económicos que tenían ser afectados directamente.

Así pues, cuando las tibias reformas (en el campo, en los impuestos y en los aranceles) empezaron a funcionar, los notables del país con los partidos tradicionales se ponían de acuerdo para derrocar al gobierno militar. Éste, en sus vacilaciones, ya les había dado tiempo para elaborar un acuerdo político y, con ello, preparar a puertas cerradas, o como decía irónicamente la sabiduría popular "entre gallos y media noche", nuevas normas de comportamiento. Todo esto ante la emergencia de las masas en el escenario social y la ineficacia de las instituciones creadas para su domesticación. En la asamblea constituyente se cristalizarían los nuevos convenios fruto de las negociaciones entre las clases dominantes. Esto daría lugar a una reestructuración de las alianzas partidarias sin las perturbaciones de las clases

dominadas. Con este mecanismo indirecto de representación "consensual" la fracción agroexportadora, apoyada en los banqueros y negociantes de Guayaquil, en los empresarios quiteños y en las fuerzas políticas e ideológicas de los terratenientes, tomaba en sus manos un escudo que le serviría de defensa para mantenerse en el poder. Con ello se aseguraba, sin votación directa, el legítimo dominio de la sociedad ecuatoriana.

Ahora bien, esta maniobra de imaginación y de astucia leguleyera proyectada por la Coalición Institucionalista Demócrata (CID),⁸ el partido conservador y el socialcristiano, al dejar fuera al partido liberal y a los partidos populistas: el velasquismo y el cefepismo, en lugar de abrir cauces para solucionar la crisis política (que se plasmaba en el debilitamiento de la hegemonía de los agroexportadores y de los demás sectores oligárquicos) conduce al embotellamiento definitivo. Esto precipitaría la crisis de representación de los partidos tradicionales. Por eso los intereses de los sectores sociales se difundían en 1968 en trece agrupaciones políticas entre las cuales compitieron liberales y conservadores en las elecciones. El resultado fue casi un empate de fuerzas electorales.⁹ No obstante, la hegemonía de los agroexportadores, y con ella el reinado de las oligarquías, volvió a ratificarse con el voto del pueblo ecuatoriano. Pero no fueron ni los liberales ni los conservadores los que se llevaron el triunfo sino el velasquismo con su conductor a la cabeza. Esta vez el arbitraje velasquista ya no era, como en otros tiempos, ventajoso para solucionar las contradicciones entre las oligarquías tradicionales. Éstas habían perdido su lugar privilegiado en la estructura económica y social: ya no podían mantener su proyecto de acumulación y, estando su capacidad legitimadora casi exhausta, ya no alcanzaban a rearticular el anterior sistema de alianzas. La posibilidad de reformas y cambios estaba ya manejada por los nuevos sectores burgueses (industriales y financieros que pugnaban por alinearse en primera fila delante del petróleo) para llevar adelante sendos proyectos de acumulación. Éstos tenían límites diferentes pero todos llevaban la marca de una aceleración en el ritmo de desarrollo capitalista. Por un lado, sin romper la dependencia del capital imperialista, la burguesía industrial moderna apoyada en el Estado quería mejorar su capacidad negociadora tomando entre sus manos la fuente más dinámica de acumulación, el oro negro, que ya brillaba en el horizonte; por otro, la burguesía monopólica nativa añoraba estrechar aún más sus lazos íntimos con su hermana gemela internacional. Se proponía alejar al Estado de la gestión económica y asignarle

⁸ Surge como una agrupación partidaria de coyuntura en 1955; no obstante, como representa, tanto por su composición interna como por sus lineamientos, a los sectores comerciales, bancarios y financieros más importantes del país ha seguido manteniéndose como fuerza de presión y apoyo tanto de los liberales como de los conservadores, según convenga a sus intereses económicos.

⁹ En las elecciones de 1968 triunfa Velasco Ibarra por quinta vez en la historia del país pero con un estrecho margen de votos; el resultado de las votaciones de acuerdo al Tribunal Supremo Electoral fue el siguiente: velasquismo 262 454 votos; liberalismo 264 808; conservadurismo 262 741.

la tarea de guardián del “orden y de la paz sociales” mientras disfrutaría de las regalías petroleras.

Pero las dos fracciones de la clase dominante empeñadas en esta obra debían preparar el terreno para un asalto estatal ya que sus motivaciones económicas no estaban directamente relacionadas con intereses políticos, como sucedía con los hacendados y agroexportadores vinculados con el conservadurismo y el liberalismo, en el supuesto simplificador de una relación más lineal, como aproximación analítica.

En el caso de las fracciones industriales y financieras resulta difícil identificar empíricamente en el periodo de 1968 a 1972 reclamos hegemónicos y menos aún capacidad de legitimación pero sí un intento de encontrar una representación política de sus intereses en el interior del gobierno. Se trataba de utilizar al Estado como barrera de protección para conformar un nuevo poder de decisión sin intermediación de los partidos y del parlamento en crisis. El objetivo fundamental, por un lado, era disminuir la influencia política de los personajes notables de la oligarquía para colar por las grietas abiertas sus respectivos proyectos de acumulación; por otro, intentar influir a los jefes de las fuerzas armadas para declararlos partidarios de una industrialización acelerada del país con base en el petróleo.

Ahora bien, las oligarquías se oponían a estos intentos porque las presiones de industriales y financieros significan una cierta movilidad en el *statu quo*. Por eso el gobierno de arbitraje obligado fracasaba estrepitosamente en 1971 y los agroexportadores se aferraron a seguir reinando a través de la dictadura. No obstante, las presiones sociales y la tirantez en el interior del bloque se hacían con el tiempo más agudas. La crisis política no tenía visos de solución y el empate de fuerzas exigía un nuevo tipo de arbitraje. Éste vino en 1972, al saltar las fuerzas armadas por encima de la sociedad. Así se daba el golpe de gracia a los partidos en crisis y la institución armada se levantaba como la fuerza política de la fracción burguesa industrial moderna frente a las inermes oligarquías que a! haber perdido su capacidad hegemónica ya no podían expresar los intereses de la clase dominante en su conjunto.

1. Ineficacia política de los partidos tradicionales

La explicación de la ineficacia política de los partidos, que se manifiesta en una decreciente capacidad para poder canalizar en el escenario político y en el recinto parlamentario las negociaciones entre las clases dominantes y los compromisos con las clases dominadas, es una prueba tangible de la crisis de hegemonía y de la debilidad interna de los sectores oligárquicos. El parlamento y sus comisiones permanentes, en tiempos normales, son los

mecanismos institucionales idóneos para la lucha interburguesa y las elecciones son el canal por donde, aunque sea de manera formal, convergen los intereses diferentes de los sectores sociales subordinados y se transforman en voluntad general, en intereses universales de la sociedad. Ahora bien, en épocas de crisis, estas instituciones sólo sirven de barreras y de obstáculos cuando se trata de elaborar nuevos proyectos políticos y, más aún, de ponerlos en marcha.

En el caso ecuatoriano, a fines de los años sesenta la crisis del parlamento, la de los partidos y demás instituciones de legitimación, contrasta con el papel creciente que van adquiriendo los organismos estatales administrados por la burocracia y tecnocracia como centros de toma de decisiones, independientes de las oscilaciones que periódicamente se producen en los períodos electorarios. En este sentido, la función casi puramente electorera que desempeñan los partidos puede ser remplazada por otra forma de legitimación y la eficacia de un centro de decisiones expresado en un ejecutivo fuerte aparece como un instrumento más idóneo y estable de expresión hegemónica de un grupo social que los partidos. Éstos, en su incapacidad de aglutinar fuerzas políticas, expresión de fuerzas sociales emergentes, resultan ser, en última instancia, las zonas de bloqueo de una acción directa encaminada a construir una nueva hegemonía. El reinado de la burguesía industrial en la era del capitalismo monopólico en el Ecuador exigía la disolución de los partidos, precisamente porque se habían revelado incapaces de ordenar aun a la vieja hegemonía. Además, su desarticulación no presentaba ningún problema, dado que se ponía fuera de uso todo el resto de mecanismos que conforman el peculiar sistema de toma de decisiones, a través del cual las oligarquías habían articulado su dominación. La función legislativa desaparecía prácticamente; la función judicial sólo se movería en sentido unívoco, es decir, de acuerdo a los lineamientos dictados por un poder centralizado, sin trabas ni veto de las cámaras parlamentarias. Por otra parte, no se trataba propiamente de un ejecutivo único sino de un comité político y administrativo que determinaba al mismo tiempo los objetivos y el quehacer práctico, o sea, el modo eficaz de instrumentarlos de modo concreto.

Así pues, se trataba de levantar obstáculos; por eso la dictadura militar que sobrevino en 1972 no sólo disolvió los partidos y declaró al parlamento en receso sino que también suprimió las elecciones directas y eligió a los personajes adecuados para llevar adelante sus proyectos.

Ahora bien, los partidos tradicionales y los otros intentaron abrirse un espacio político para actuar en la escena de la lucha de clases pero fueron rebasados por la iniciativa política de las fuerzas armadas. Esto confirma la tendencia al debilitamiento paulatino de las oligarquías agroexportadoras y terratenientes y la crisis de representación partidaria. En contrapartida surgían pujantes las fuerzas socioeconómicas del capitalismo moderno: los empresarios industriales urbanos y los sectores financieros monopólicos. No obstante, estos últimos no influyeron ni actuaron a través del sistema de legitimación y toma de decisiones tradicional congelado sino

negociando directamente con los militares y con la tecnocracia que fueron los soportes del Estado en esa particular coyuntura.

Víctimas de sus propias contradicciones, los partidos políticos, sin dejar de existir, pierden vigencia. Su posición defensiva merma su anterior beligerancia y, cuando se manifiestan, su acción se concreta en declaraciones, comunicados y críticas retóricas de sus directivos al gobierno. Este último no se inmuta y continúa por su propia vía sin más oposición que las presiones de los grupos industriales y financieros los cuales, con las armas de la especulación y el chantaje, consiguen amplias ventajas para sus posiciones privilegiadas y sus intereses económicos se imponen por encima de las declaraciones demagógicas de la administración estatal y de la vocinglería de los liberales y conservadores.

Alejados del pueblo, los notables de la política prosiguen sus disputas internas sin lograr un mínimo acuerdo en algún punto común, a no ser el de pedir que los militares dejen el poder. No obstante éstos continúan porque ni los liberales, ni los conservadores, ni los velasquistas y cefepistas consiguen captar el consenso de los sectores dominados para exigir a las fuerzas armadas que se alejen del poder. Cuando el primer gobierno militar anuncia en 1975 la "institucionalización de la Revolución" y el alejamiento del poder de los miembros de las fuerzas armadas no se puede argüir que esto se deba a las presiones de las representaciones partidarias. Del mismo modo, cuando el triunvirato anuncia en 1976 el "Plan de reestructuración jurídica del Estado", los partidos, por más que intentaron tomar la iniciativa para imponer sus condiciones, al final debieron someterse y negociar en términos desfavorables para ellos. De otro modo se ponían al margen del proceso que políticamente dirigían los militares. Éstos trataban de conformar un régimen de partidos más orgánico para que a través de éste se consolidasen las fracciones burguesas industriales y financieras mediante el consenso, aunque fuera retórico, de toda la sociedad.

Los antecedentes expuestos ponen de relieve la inoperancia de las tentativas de los partidos en vista de acelerar los pasos para volver al "régimen civil". Las coaliciones, las ententes, los frentes restauradores, cívicos y de defensa de la "vuelta a la democracia" se deshicieron solos, en el horno desintegrador de los intereses contradictorios y, al chocar en su debilidad contra la dictadura militar, no la mellaron, al contrario, tuvieron que someterse y hacer antesala, esperando que el gobierno les abra canales de negociación. Esta falta de capacidad para movilizar a las fuerzas sociales en vista de retomar el poder perdido, se evidencia para las oligarquías cuando los liberales y conservadores en la doble vuelta de elecciones presidenciales en 1979, a pesar de todo el aparato desplegado, fueron arrollados por las nuevas fuerzas sociales agrupadas en torno a la Concentración de Fuerzas Populares y a la Democracia Popular (DFP).

2. *Debilitamiento ideológico*

Si analizamos de pasada¹⁰ el sistema de ideas y representaciones que los partidos tradicionales estructuran en sus discursos políticos no sólo para captar el interés de todos los sectores sociales sino para inducirlos a respaldarlos en contra de la dictadura, advertimos que, en su generalidad, éste sigue impregnado de los valores que las oligarquías elaboraron antaño, para someter a todos los sectores sociales a sus exigencias. No obstante, a pesar de los esfuerzos realizados por sus “intelectuales orgánicos” para elaborar nuevas significaciones ideológicas más acordes con las condiciones particulares de la coyuntura, éstas no lograron sus alcances hegemónicos. Los efectos articuladores de una sólida ideología que capte la concepción del mundo de las oligarquías así como la visión del universo de las clases populares en un solo haz de fuerzas contra la dictadura militar, en un primer momento no se vieron. Tampoco pudieron alcanzar el respaldo necesario para su proyecto oligárquico, anunciado en las elecciones y perdido, en un segundo momento, como opción presidencial. Al contrario, las nuevas fuerzas sociales surgidas en la reciente etapa del desarrollo capitalista que vive el país y los sectores populares producto de la etapa agroexportadora fueron captados por los nuevos partidos políticos que como la Concentración de Fuerzas Populares, la democracia cristiana y la izquierda democrática logran articular un nuevo todo ideológico hegemónico. En este nuevo campo las difusas aspiraciones de los sectores populares por “el cambio” que les dé nuevas alternativas, los afanes de un nacionalismo democrático expresados por los sectores medios, el antimperialismo esgrimido por los sectores proletarios y la concepción antioligárquica de la burguesía moderna se articulan con “la defensa de la libertad en la democracia” y el “respeto a las creencias religiosas y el espíritu cristiano del pueblo ecuatoriano, no opuesto al progreso y al cambio nacionales, sin intrusiones foráneas”, están presentes y se consolidan a pesar de la enconada resistencia de las viejas clases.

Un apretado inventario del contenido de los discursos, proclamas y programas de gobierno que los diferentes partidos utilizaron en la primera y segunda vuelta de las elecciones de 1978-1979, previas al triunfo de los candidatos del cefepismo y de la democracia popular, permite corroborar las afirmaciones anteriores.

Se perciben en las diferentes intervenciones partidarias ciertos temas económico-sociales tales como: “transformaciones sociales”, “cambios de estructuras”, “satisfacer fundamentalmente los problemas de las clases marginadas del país”, “justicial social”, “pluralismo”, “nueva democracia”,

¹⁰ Se trata de un análisis muy general que es una primera aproximación a un estudio más detenido de las “ideologías orgánicas”, es decir, de las sólidas creencias y demás representaciones con las cuales las oligarquías consiguieron el consenso social para detentar el poder.

“participación popular”,¹¹ ausentes del repertorio político comúnmente utilizado y gastado en las frustradas elecciones de 1972. Ahora bien, a pesar de la semejanza conceptual de las anteriores expresiones, cada partido les asigna una resonancia particular para captar a su auditorio. No obstante, los diferentes matices de cada discurso no revelan en el fondo contradicciones esenciales, excepción hecha de los planteamientos de los partidos de la izquierda revolucionaria que merecen una atención especial que rebasa los límites de este trabajo. Pero la fuerza del discurso político como centrador de voluntades y gestor de consenso entre los sectores populares y medios se revela débil entre los liberales y conservadores, tradicionalmente opuestos en las lides electorales pero con gran capacidad de movilizar adhesiones masivas dentro de esos sectores en los años anteriores. El partido velasquista, sin su líder carismático se ahogó en un discurso difuso de perspectivas generales que no lograron mayor apoyo popular. El partido cefepista y la democracia popular, ganadores de la presidencia de la república, desde agosto de 1979, lograron captar con el hábil manejo de una ideología populista y reformista gran parte de los sectores populares y subproletarios, ansiosos de transformaciones que directamente mejorasen sus exiguas condiciones de vida. Pero también esgrimieron en sus proclamas una clara orientación modernizante, un apego a la racionalidad económica; se mostraron partidarios de la planificación y de la acción coordinada y de largo plazo. Esta organicidad ideológica expuesta bajo el doble contenido populista y modernizador provocó excelentes resultados de consenso social. Por estas razones y por otros efectos de tipo político y social, estos partidos pueden ser considerados como la expresión de una ideología reformista y neoliberal en la que parecen identificarse los intereses de las nuevas fracciones burguesas industriales y financieras como también los de los comerciantes e importadores; de igual modo, los de los sectores medios, proletarios y subproletarios urbanos, llamados genéricamente populares. La alianza victoriosa del cefepismo con la democracia cristiana en la primera vuelta eleccionaria de julio de 1978 y el respaldo que éstos recibieron de la izquierda democrática, del Frente Radical Alfarista, del sector de “liberales y conservadores progresistas” así como de las bases del velasquismo en la segunda vuelta, demuestran el triunfo arrollador de las nuevas fuerzas y el ocaso de los liberales y conservadores coligados. Son los partidos modernos los que expresan el sentir del momento que viven los sectores sociales más sensibles y dinámicos del país. Objetivo que no pudieron alcanzar los partidos tradicionales, portavoces y defensores de las oligarquías. Con razón, el presidente actual del Ecuador, perteneciente al partido cefepista, luego de nueve meses de permanecer maniatado en su gestión por el hábil juego de alianzas y componendas de los sectores oligárquicos, se expresa así el 1 de junio de 1980

¹¹ Cfr. “Entrevista a los presidenciables”, en *Nueva Extra*, núm. 3, Quito.

Ecuador ha dejado de ser una hacienda que se repartían los gamonales [...] ya no es pasto de los oligarcas, ni de los caciques [y cita inclusive nombres de los representantes de esos sectores en el Parlamento, que en lugar de respaldar a su gobierno se ligaron con los anteriores] que han mantenido la explotación y la miseria del país.¹²

En efecto, la incapacidad orgánica de las oligarquías para captar con su renovada ideología la voluntad del pueblo ecuatoriano parece confirmarse, pero su descenso en la economía, en la sociedad y en la política es muy lento. Aun más, ante la demora de las fuerzas cefepistas y de las demócrata populares en plasmar sus proyectos en reformas efectivas, éstas intentan resurgir. Cabe acotar que en el interior de la alianza CFP-DR, dada la atomización de la estructura política del país y después de siete años de dictadura militar, la fuerza ideológica de la izquierda democrática, partido afiliado a la socialdemocracia internacional, es en términos del proceso social que vive el Ecuador de un dinamismo extraordinario. Por consiguiente, las dos anteriores fuerzas sin el apoyo de esta última, que concentra a los sectores medios urbanos, se han visto realmente paralizadas, al menos en los nueve meses que llevan en el gobierno, en sus intentos de cambios en beneficio de las masas populares.

Cabría también referirse al comportamiento político de conservadores y liberales y demás partidos políticos frente a la política concreta del gobierno militar desde 1972 hasta la fecha, pero esto rebasaría los alcances de este panorama general esbozado sobre los partidos; no obstante, a modo de resumen y extrapolando análisis más minuciosos, se podría afirmar que los partidos tradicionales fueron los que con mayor fuerza y demagogia se opusieron al "Plan de restructuración jurídica del Estado" mientras los partidos más modernos tácitamente y, a veces, expresamente estuvieron de acuerdo con los lineamientos generales del proceso. En lo tocante a la defensa de los recursos naturales y del petróleo en particular por parte del Estado, ningún partido se opuso pero liberales y conservadores expresaron en sus críticas serios temores por los peligros de la estatización, o sea, de la sustitución de la economía de mercado por una planificación centralizada, contraproducente para el libre desarrollo de la empresa privada, el cual debería ser fomentado en lugar de regulado. La izquierda democrática y el cefepismo fueron más afines en cuanto a la acción del Estado en la economía: la primera insistió sobre el control directo del Estado en todas las áreas de la industria petrolera y en la promoción de la industria petroquímica; el segundo fijaba sus metas en la administración y defensa de todos los recursos en función de los intereses nacionales.

Al examinar los programas de gobierno que los partidos presentaron para terciar en las elecciones, las diferencias de matices entre el cefepismo y la izquierda democrática se hacían más claras; el primero en política

¹² "Ecuador dejó de ser una hacienda que se repartían los terratenientes", *Unomásuno*, México, 2 de junio de 1980.

económica se atendería a efectivizar los lineamientos escritos en la nueva constitución que determina cuatro sectores: el estatal, el sector mixto, el de autogestión y el de la empresa privada; y el ámbito que ellos abarcan.¹³ La izquierda democrática asimilaba estos planteamientos pero los rebasaba insistiendo en el fortalecimiento del área estatal de la economía y en la regulación de la expansión de la empresa privada para impedir la concentración de la riqueza nacional en pocas manos. En realidad, como ya se constató, estas dos fuerzas a lo largo de la dictadura militar insistieron sobre transformaciones efectivas en beneficio de las clases más necesitadas del país y en sus programas plasmaron estas insistencias. En el caso de los conservadores y liberales en lo que respecta a la política de industrialización y de inversiones, a pesar de su demagogia y retórica defensa de la nación ecuatoriana y de sus valores culturales, tanto en sus enfrentamientos con la dictadura militar como en sus discursos, declaraciones, proclamas y acciones concretas se mostraron como acérrimos defensores de una industria nacional preferentemente en manos de la iniciativa privada asociada con el capital extranjero. Pidieron garantías y estímulos para la inversión extranjera. Los lineamientos del cefepismo son menos entreguistas pues aunque aceptan la inversión extranjera tratan de regularla "según la conveniencia de los intereses ecuatorianos y del más irrestricto respeto a la soberanía nacional". Por su parte la izquierda democrática también considera necesaria la inversión extranjera siempre que sea reglamentada en función del desarrollo económico y social del país, y propugna seleccionarla para evitar la dependencia tecnológica y prácticas neocolonialistas.

En cuanto a los lineamientos para fomentar la participación popular y su práctica concreta, se puede percibir en los partidos tradicionales un paternalismo interesado y un populismo demagógico, confiado en la brillantez del discurso, en los grandes ofrecimientos y dádivas que van directamente encaminados a conquistar votos, o sea, se basan en el oportunismo del momento y relegan la organización política de largo plazo. En la *MD* y en el *CFP* de 1978, la insistencia de participación popular parece moverse hacia el interior mismo de las organizaciones comunitarias: parroquias, barrios, comités por medio de las cuales estos sectores empiezan a participar en la solución de sus propios problemas y en los de interés general.

Como podemos advertir, estos intentos organizativos conducen a una movilización permanente de los sectores populares, donde se ve que los objetivos políticos que se persiguen van más allá del voto y tratan de construir sus propias bases de sustentación. Existe en estos últimos partidos una percepción más aguda de la participación popular como generadora no sólo de consenso sino de poder, perspectiva fundamental que los conservadores y liberales parecen desdeñar porque siguen pensando en la efectividad de la maniobra, de la manipulación popular y de la infalibilidad

¹³ Véase el artículo 46 de la Nueva Constitución Política sancionada por el referéndum del pueblo ecuatoriano el 15 de enero de 1978.

de los chanchullos y de las componendas, entre gallos y media noche, para captar el poder, al margen de las masas. La sucinta evaluación de los lineamientos ideológicos generales confirma de otro modo la hipótesis que venimos sosteniendo. Los partidos liberal y conservador, que históricamente habían representado los intereses de las oligarquías a pesar de haber remozado formalmente su esquema ideológico no han alcanzado a percibir que éste, como producto de transformaciones importantes del país en estos últimos años, debe expresar un nuevo contenido. Por esto, a pesar de todo el aparato moderno de propaganda y de manipulación en el nivel nacional, no pudieron captar el consenso de las bases populares y perdieron frente al cefepismo y la democracia cristiana en toda la república y frente a la izquierda democrática en Quito en la primera vuelta eleccionaria, y en la segunda fueron arrasados por los mismos. Sin embargo, siguen aferrados en el Parlamento, donde actualmente maniobran, con la habilidad y la experiencia que han acumulado en los largos años en el ejercicio del poder, para reconstruir alianzas favorables con vistas a conquistar la hegemonía perdida.

3. Incapacidad de los "intelectuales orgánicos" de las viejas clases

La visión panorámica del debilitamiento ideológico de los partidos tradicionales nos permitió captar, en perspectiva, los avances del CFP, la DP y la ID, los tres partidos políticos que en la actualidad son el canal de expresión de los acelerados avances del capitalismo en el Ecuador. Sus afanes reformistas y modernizadores expresan un contenido: el ascenso de la burguesía industrial urbana a la hegemonía del bloque y la irrupción de los sectores sociales del capitalismo moderno: los sectores medios urbanos, la burocracia y tecnocracia, las masas proletarias y el subproletariado y semiproletariado urbanos. Éstos conforman la base social de apoyo del actual gobierno e inauguran el reino directo de la burguesía por encima de las fracciones oligárquicas. Ahora bien, el descenso de las oligarquías y el ascenso de la burguesía no son fortuitos; ya se venían gestando desde antaño, pero se manifiestan con la crisis de los intelectuales orgánicos de las oligarquías. Nos referimos a los abogados, juristas y clero, como categorías sociales¹⁴ que desempeñaron en el pasado la función fundamental de soportes políticos e ideológicos de los agroexportadores y terratenientes. Del mismo modo veremos cómo vinieron gestándose los intelectuales orgá-

¹⁴ No nos ocuparemos de la caracterización social de los integrantes de estas instituciones ni de sus funciones individuales sino sobre todo de sus funciones sociales, en el campo de la ideología y la política. Cfr. Gramsci, *op. cit.*, pp. 21-23.

nicos de la burguesía moderna; se trata de la burocracia como administradora de las instituciones estatales, de la tecnocracia civil y militar y demás profesionales que atienden a las exigencias de la política y economía favorables a la consolidación de la nueva hegemonía, es decir, que permiten la articulación de un sólido campo ideológico en el que los partidos modernos fundirán los intereses de la dominación con las exigencias de las clases subalternas, en beneficio del sector industrial y financiero de la burguesía reinante en el Ecuador.

En los inicios de la república y hasta la revolución liberal la hegemonía de los terratenientes se efectuó a través de la ideología religiosa y el clero católico tenía el monopolio de la reproducción de esta concepción del mundo basada en la autoridad divina. Puede decirse que sobre los valores religiosos se modeló el primer esbozo de nacionalidad. Fueron los terratenientes los que consignaron la ideología católica en las primeras constituciones de la nascente república, con lo que la institución eclesial conseguía del Estado un sitio aparte porque era la tutora ideológica del poder político. Ambos poderes se complementaban mutuamente porque tanto el clero como los terratenientes monopolizan la tierra. Así pues, a través del miedo reverencial a lo sagrado se explotaba a las masas campesinas y los pobladores de las urbes sacrificaban sus derechos humanos, su libertad y su conciencia por alcanzar en el cielo la eterna salvación. La Iglesia, con todo su aparato institucional, a falta de un partido que estructurara los intereses más homogéneos de los terratenientes, fue el eje central sobre el que pivotaba el poder político y la dirección ideológica de la vieja sociedad ecuatoriana de fines del siglo XIX. El Partido Conservador o Católico, como se denominó en esa época, no fue sino un apéndice de la Iglesia, pero en la medida en que los cuadros intelectuales que ella formaba fueron articulando una organización independiente en el nivel nacional capaz de luchar por un república fundada en la "justicia y en la moral cristianas" fuera de la tutela de la Iglesia, entraron en contradicción con ella misma pero se fortificaron oponiendo su renovada ideología a otras fuerzas sociales. Éstas, con el empuje del comercio internacional, o sea del capitalismo inglés en expansión, y con los ideales de la revolución francesa, transformados en ideario de lucha liberal, se constituyeron como defensoras de los intereses de los agroexportadores. Así pues, estos núcleos de abogados juristas e intelectuales educados en la filosofía de las luces y defensores de la libertad de conciencia y de comercio, pero también opuestos al poder clerical, se transformaron en los intelectuales orgánicos de los agroexportadores, o, lo que es lo mismo, en la célula básica del partido liberal.

La lucha política e ideológica entre liberales y conservadores en sus connotaciones estructurales era una sorda batalla entre fuerzas económicas distintas: unas orientadas hacia el mercado mundial y otras destinadas al mercado interno. No tardaron mucho los agroexportadores, enarbolando las banderas del liberalismo, en imponer por la fuerza de las armas la ley, el derecho y la libertad del hombre y del ciudadano que los terratenientes

habían impuesto amparados en la religión y la moral cristianas. Pero los abogados y juristas liberales, aunque lograron neutralizar en algo la fuerza ideológica de la institución eclesial porque le arrebataron algunos de sus mecanismos de reproducción ideológica tales como el monopolio de la educación y la cultura, debieron seguir luchando contra el partido conservador, que se convirtió en defensor de los dominios económicos de los terratenientes y del clero, fuente y principio de su poder ideológico-político. Así pues, los ricos gamonales de la sierra siguieron apoyándose en la Iglesia para incitar al pueblo a sacudir el yugo de una ley impía y de una Constitución que había borrado, con la sangre y el sacrilegio, el santo nombre de Dios de los dinteles de la formación social. En verdad, combatían las reformas liberales en favor de los agroexportadores pero éstos, burgueses en potencia, se conformaron con sus mezquinos intereses regionales y se vieron cercados por la fuerza política e ideológica de los terratenientes que, a su vez, captaban un número mayor de intereses locales en busca de convertirlos en intereses comunes de la nación. Largo tiempo pugnaron pero al final no les quedó más alternativa que negociar el poder y el pacto resultó beneficioso para ambos. No se abandonó, por tanto, la lucha política pero ésta no revistió, sino en escasas circunstancias, un carácter de enfrentamiento directo. Las más de las veces las negociaciones y compromisos, sobre puntos comunes a los intereses peculiares de las oligarquías, tomaron la forma de pugnas ideológicas. Éstas no se resolvieron fácilmente porque bajo ese disfraz se escondían intereses económicos diferentes que, aunque habían aprendido a coexistir entre ellos, pugnaban por someterse los unos a los otros. La larga época de crisis política que parte de 1925 y tiene su apaciguamiento en esta primera mitad de siglo atestigua que, en decenios, la familia oligárquica, esos exportadores de ideas liberales y esos terratenientes impregnados de religiosidad mojigata, controlaron el poder político de modo directo, o bien tuvieron fácil acceso a él cada vez que se trataba de la defensa de sus intereses económicos. Lo que actualmente queda claro es que con instrumentos ideológicos aparentemente contradictorios, con valoraciones conservadoras o progresistas, la clase dominante imponía su dominio a la sociedad ecuatoriana, aunque también se servía de estos mecanismos como arma de lucha frente a las otras clases. Los intelectuales orgánicos de la oligarquía siguieron funcionando y, en algunos momentos, con extrema lucidez, hicieron coincidir la ideología de los grupos fundamentales a los que representaban con los contenidos de algunos sectores populares, pero éstos no tuvieron ni los mismos orígenes ni parecidos alcances.

Hacia 1950, las fuerzas del capitalismo habían ya impuesto su ritmo en los sectores más dinámicos del país pero en el agro serrano encontraban fuertes resistencias. Por eso el dominio ideológico de la Iglesia no decaía todavía y los conservadores, como representantes históricos de los intereses de los terratenientes, seguían levantando los estandartes de la religión. Con

éstos se oponían a los defensores de los exportadores que esgrimían su liberalismo militante.

Los 25 años de penetración capitalista en el Ecuador propiciaron en el decurso de los años cincuenta una sedimentación económica y una tregua política. Los propietarios de la tierra de las dos grandes regiones del país: agroexportadores costeños y terratenientes serranos, aparecían totalmente consolidados. La bonanza de la economía de agroexportación bananera, que aseguraba un amplio dominio de la estructura productiva a los primeros y la expansión del incipiente mercado interno, dada la emigración y creciente urbanización, no sólo había permitido la extensión de las fronteras agrícolas sino la modernización de ciertas estructuras productivas tradicionales del agro serrano, lo que beneficiaba a los segundos. Ahora bien, en la medida en que crecía la economía nuevos grupos surgían en el escenario de la formación social: aparecieron los asalariados manuales urbanos y rurales, los pequeños propietarios y empresarios urbanos, las nuevas capas artesanales urbanas, los sectores medios profesionales y burocráticos; también irrumpieron nuevas huestes subproletarias y semiproletarias en los bordes de las ciudades más dinámicas del país. La proyección política de estos sectores ya había causado estragos entre los años treinta y los cuarenta, pero terratenientes y agroexportadores crearon estrategias eficaces para contenerlos; aprendieron a compartir el poder político, a dejarlo, o a salir oportunamente para poder entrar luego más consolidados.

No obstante, también los viejos agroexportadores y terratenientes habían evolucionado, ya estaban diferenciados entre sí —aun sin perder sus respectivas afinidades—; todavía más, habían establecido una zona más amplia de intereses comunes. Aprovechados comerciantes, ávidos banqueros, hábiles patrones y empresarios se codeaban con prósperos burgueses urbanos, modernos hacendados, dueños de inmobiliarias y elegantes financieros; todos ellos empeñados en acumular riquezas a un ritmo acelerado.

También la clara zona de contradicciones ideológicas proyectaba una extensa penumbra de valores comunes. El reino de la ley y del derecho, de las instituciones jurídico-administrativas, reforzaba el imperio de la moral, de la religión, de las buenas costumbres en la sociedad ecuatoriana, proclamada cristiana desde sus orígenes por la Iglesia católica. Ambos poderes ideológicos aunaban con tenacidad sus esfuerzos y se disputaban el ser los paladines en la defensa de las libertades individuales, de la propiedad privada y de la inviolabilidad de la conciencia que el “comunismo internacional, enemigo de Dios y de la patria”, ponían ya en peligro.

Todo parecía ir de maravilla cuando, en menos de diez años, sobrevino la crisis bananera y, con ella, la caída del comercio de exportación. La economía y la política fueron sacudidas, pero el temblor también se extendió entre la institución eclesial y las instituciones jurídicas; sus eficaces organizadores: el clero, los abogados y juristas, aunque resistieron los golpes, no tardaron en desarticularse. Unos se quedaron con las viejas oligar-

quías, otros se embarcaron con las nuevas fuerzas burguesas y unos pocos se integraron a las filas de las clases dominadas.

La tensión política y social de esos años de crisis capitalista pronto alcanzó dimensiones continentales. América Latina se conmovía hasta sus cimientos y la revolución cubana se proyectaba sobre los sectores oprimidos como una esperanza cercana. Las oligarquías en cambio miraban a la misma como el final de su poder y de sus viejos privilegios. Los nuevos sectores dominantes, las fracciones burguesas emergentes, percibían la necesidad de reformas pero las viejas clases se aferraban a no cambiar nada. Los abogados y juristas pensaban modificar la letra de las constituciones y la forma de las instituciones para seguir engañando a los sectores sociales populares con frustrados deseos de libertad y con ideales de justicia, cuando éstos sentían más de cerca la miseria y la opresión a que se les sometía. El clero más recalcitrante, apegado a los privilegios de la aristocracia de la tierra, volvía a resucitar los mitos medievales, la mística del dolor y el sacrificio, para detener a las masas campesinas explotadas durante siglos. Pero esas gastadas ideologías sólo surtían efectos momentáneos y la sociedad ecuatoriana como un todo se polarizaba: los unos por las reformas o el *statu quo* y los otros por la revolución o la contrarrevolución. Todo ello en aras de mantener el sistema o transformarlo definitivamente.

La crisis de los años sesenta había desnudado al extremo las contradicciones que la formación social ecuatoriana había absorbido en sus entrañas casi en cien años de capitalismo. La ideología conservadora teñida hasta su esencia con los valores de la religión católica, cristalizados en instituciones religiosas retardatarias, se rompía. De igual modo, la ideología liberal, que en algún momento expresó el ansia de liberación de extensos sectores campesinos explotados, arreaba sus banderas descoloridas, y sus instituciones democráticas, últimos baluartes de un poder siempre negociado, caían bajo el peso de las presiones sociales que la debilidad ideológica de sus gestores no había podido soportar.

Las fuerzas de la sociedad moderna emergían: la burguesía y el proletariado urbanos venían madurando y se disponían a salir a la escena política. El poder ideológico de la Iglesia, ligado al poder político de los terratenientes, declinaba lentamente junto con su descenso en la economía y los agroexportadores confiados en su ideología jurídica institucional, respaldada en la verborrea liberal, buscaban nuevos canales de poder para detener su deteriorada economía. Nuevamente en 1968, las oligarquías intentaron establecer una negociación de compromiso llegando al arbitraje político, pero su deteriorada hegemonía sobre la sociedad ecuatoriana entró en su crisis final; la burguesía moderna, a través de los militares, implantaba su proyecto y conformaba ya un nuevo campo ideológico. Los intelectuales orgánicos de la nueva clase se habían establecido para homogeneizar a la clase fundamental en la economía, en la sociedad y en la política, organizando a las clases subalternas en torno a ella. Los abogados,

los juristas y el clero, categorías sociales que conformaban la organización política e ideológica de las oligarquías y los partidos tradicionales, su instrumento, ya no podían atraer los intereses de las masas, ya no permitían articular una visión del mundo que los consolidara en el poder. Ya ni la magia del nacionalismo, arraigado en la defensa de las haciendas de los terratenientes y en la visión religiosa de la vida, que los conservadores levantaban como bandera, ni los ideales de libertad y democracia, que sirvieron a los agroexportadores para consolidar la libre empresa y que los liberales ofrecían a las masas populares, sirvieron para captar el consenso social. Poco a poco nuevos valores, nuevos ideales y nuevas creencias iban remplazando a las gastadas ideologías; una nueva visión optimista de un mundo en el que la industria, la técnica y la ciencia solucionarían los males del país, iba imponiéndose poco a poco. La racionalidad económica y la eficiencia administrativa eran sus instrumentos. La ideología del desarrollo económico, plasmada de modo declaratorio en la "Filosofía y plan de acción del gobierno revolucionario y nacionalista del Ecuador" y convertida en lineamientos, objetivos y medios para lograrlo en el "Plan integral de transformación y desarrollo 1973-1977" era la nueva visión del mundo que la burguesía industrial ecuatoriana, de raigambre fundamentalmente urbana y apoyada en el Estado, articulaba a través del gobierno militar. Con ella, y en un marco de ampliación de las "instituciones democráticas" donde las masas populares tienen la sensación de autodeterminarse eligiendo por medio del voto a sus representantes, se dio paso a las fuerzas del "cambio" lideradas por los partidos modernos cuyos representantes están hoy en el poder. Ahora se dice que el pueblo conquistó la democracia, que las oligarquías que explotaban al país ya no volverán a detentar el poder que retornó al pueblo. Pero la miseria, la pobreza de las masas, continúa. No obstante, se tiene la esperanza de que los cambios lleguen porque se sigue predicando que "en libertad y en democracia, el trabajo de los ecuatorianos solucionará los problemas apremiantes". La industrialización del país, su desarrollo, es la nueva panacea que curará los males; la institucionalidad, el apego a las leyes, la lucha contra el desorden y la anarquía son los nuevos frutos de una democracia popular que sigue abrumando a las clases dominadas.

En la implantación de esta nueva ideología "los intelectuales orgánicos de las oligarquías": el clero, los abogados y juristas, sólo tuvieron un papel secundario que cumplir, o sea, estaban y permanecieron subordinados a los altos mandos militares, a la tecnocracia, burocracia y demás administradores y profesionales que organizan desde sus puestos el reino de la fracción burguesa industrial. Ahora, en el gobierno y en la escena política los remplazan los partidos modernos. De este modo, la crisis de hegemonía en el interior del bloque encontró una efectiva solución. Una vez más las oligarquías parecen haber perdido su capacidad política y su nuevo papel será subordinarse a la burguesía moderna.

No obstante, esta capitulación no se hace sin lucha y algunos de estos episodios son los que trataremos de explicar para expresar, en alguna forma, el desesperado esfuerzo de las viejas clases en recuperar el poder perdido.

4. *La desesperación por el poder*

Es un hecho que el poder no es absoluto, aunque la clase dominante lo quiera eternizar para perpetuarse como tal. Éste cambia de contenido y sus metas son diferentes aunque en apariencia sean los mismos actores sociales los que lo detentan. A veces, cambios sutiles, indicios imperceptibles, episodios anodinos, significan más en términos de poder que acciones espectaculares. Los sordos conflictos, las fricciones permanentes, no se manifiestan con crudeza sino en las crisis, pero, cuando esto ya ha sucedido los términos han cambiado; existe un nuevo contexto, la dinámica de la realidad social se ha modificado sin que en la mayoría de los casos los actores se hayan percatado y si esto sucedió en un momento poco o nada pudieron hacer para cambiar las circunstancias. La marcha de la historia se *da* siempre por el lado más dinámico pero éste no es necesariamente el que más se mueve o el más visible en un momento. A no dudar, éste vino ocurriendo con las oligarquías en el poder; en un momento se percataron de que el trono (que dejaron momentáneamente para recuperarse o robustecerse de su debilidad) estaban por perderlo definitivamente y no dudaron en actuar, a toda prisa, en hacer lo imposible por recuperarlo; pero hasta hoy han remado a contracorriente.

Numerosos fueron los intentos emprendidos a lo largo de esta coyuntura y cada uno tiene su significación específica, pero hay algunos cuyo peso fue mayor en términos de las consecuencias que engendrarán posteriormente.

Lo que es para la oligarquía —y para la clase dominante de la cual la primera es parte— un contrapoder no es tanto el ataque o amenaza directa de las demás fracciones dominantes; al fin y al cabo, entre los mismos se puede llegar a arreglos. Lo más peligroso y temido para ella es que las masas anónimas se levanten, vean con otros ojos que sí hay esperanzas y tomen los medios para conseguir sus objetivos. Cuando las reformas hechas por iniciativa de la clase hegemónica quedan para beneficio de la clase dominante en su conjunto, el poder no peligra pero no es lo mismo cuando estas modificaciones, aunque permanezcan mínimas, vienen de las hondas entrañas populares; allí el peligro es extremo y hay que detenerlas.

Éste es el gran problema de la reforma agraria y de la nacionalización en menor escala; de allí el afán y la tenacidad de terratenientes y agroex-

portadores en oponerse a ellas. La explotación inmisericorde a la que los campesinos desde hace cuatro siglos se hallan sometidos ha variado poco; el hambre, la miseria y la injusticia están allí presentes y campesinos y obreros saben que unidos con el resto del pueblo lucharán por lo suyo y triunfarán. Allí están los indígenas de Chimborazo, los arroceros del Guayas y de Los Ríos, los cañeros del Azuay, los obreros y campesinos de todo el país vejados y reprimidos por la fuerza y, algunos de ellos, muertos.¹⁵ Las constantes amenazas y chantajes al gobierno cuando, gracias a las presiones populares, se intentaba nacionalizar el petróleo, son otros ejemplos de ello. En fin, los hechos sucedidos el 12 de agosto de 1976, que tuvieron gran resonancia internacional¹⁶ puesto que pusieron en alerta a las fuerzas democráticas ante el peligro de fascistización en América Latina.¹⁷ Estos mismos, en el marco interno de la lucha de clases, no fueron sino otra de las manifestaciones del afán desesperado de poder de las fuerzas más retrógradas. Trataban de captar mediante el manejo de los instintos más recónditos: el mito y el respeto a la religión, las fuerzas dispersas de nuestros campesinos, aldeanos y artesanos para tomar el poder. La maniobra es aleccionadora porque con habilidad, fruto de larga práctica, las oligarquías, de modo indirecto, atacan al Estado pero lo defienden arremetiendo contra la Iglesia católica, institución que antes fue su bastión. Antes, los grupos conservadores y reaccionarios defendían al clero porque éste era el sustento de su poder pero ahora lo atacan porque entre ellos surgen impugnadores. Aun más, se trata de extranjeros, de foráneos perniciosos que ofenden a la patria. El nacionalismo represivo aflora también como defensa del poder cuando éste es amenazado, pero sirve asimismo para ensalzar al yanqui, al extranjero, que explota al pueblo y de este modo trabaja por el progreso de la patria. Los indefensos obispos fueron el blanco de las fuerzas oligárquicas porque ya no las representan pero las compañías petroleras son defendidas, a sol y sombra, porque sus intereses son afines a los de las oligarquías.

El nacionalismo progresista, que defiende las riquezas nacionales para el pueblo, emana de la entraña de las masas, no de las oligarquías, por ello es temido, aun por la burguesía, que a través del gobierno militar trató de asimilarlo pero quitándole su contenido transformador, remplazándolo por un nacionalismo nebuloso basado en la defensa de la patria de todos los ecuatorianos. Así pues, cuando la oligarquía utiliza en su estrategia discursiva a "la patria", cuando apela al "patriotismo del pueblo ecuatoriano" para liberarse de la dictadura militar, sólo plasma su ineptitud ideológica porque los valores libertarios y la democracia por la que dicen luchar, ya no convence a los sectores populares. Si estos

¹⁵ Nos referimos a la muerte de un campesino en Riobamba y a la matanza de más de cien obreros en el ingenio AZTRA.

¹⁶ Cfr. *El Día* y *Excelsior* de México, 13 de agosto de 1976.

¹⁷ M. Guzmán Galarza, en página editorial, comenta el incidente. Cfr. *El Día*, México, 16 de agosto de 1976.

mecanismos sutiles de persuasión no funcionan, la maniobra burda de manipulación popular puede surtir efecto siempre y cuando se la prepare adecuadamente. Ahora bien, en estos menesteres la oligarquía serrana tiene la maestría conquistada. El rumor, el chisme, la atmósfera cargada y conflictiva, la apelación al miedo reverencial y el misterio surten efectos de consenso social entre las masas populares serranas, aún impregnadas de la religiosidad primitiva y mítica. Sin embargo, cuando los conservadores y liberales a lo largo de siete años de dictadura militar los utilizaron, los efectos alcanzados sólo fueron locales porque captaron el apoyo de los sectores clericales más retrógrados que arrastran todavía ideológicamente a los rezagos del artesanado, del campesinado indígena y mestizo y a ciertos sectores subproletarios y semiproletarios urbanos, impregnados de supersticiones religiosas. Moviéndose también con los valores de "apego al orden establecido" e invocando la "defensa de la civilización occidental y cristiana que el clero subversivo influenciado por los comunistas quiere destruir en el país" tampoco pudieron convencer a los sectores populares ya cansados de la hueca demagogia.

Al margen de las transformaciones sociales que también han llegado a la Iglesia ecuatoriana, las oligarquías no han logrado captar la diferencia entre la Iglesia como institución al servicio de los intereses más reaccionarios del país y la Iglesia como expresión de las vivencias populares. Por eso es que los mensajes articulados en sus discursos políticos ya no tienen la recepción consensual de hace diez años. La pugna interna de la Iglesia ha hecho variar en los últimos años el nivel de manipulación y dirección que las oligarquías ejercían sobre las clases dominadas y los estratos sociales más débiles para resistir a la insistencia de sus discursos. Poco a poco el clero joven ha venido asimilando los intereses de los sectores populares en contra de la dominación que algunos jerarcas de la Iglesia todavía defienden. La tendencia progresista de la Iglesia, puede decirse que ha llegado hoy a tener gran influencia sobre los sectores campesinos más organizados y sobre gran parte de los trabajadores y ciertas capas obreras modernas. Además, la dirección de la CEDOC (antes Confederación Ecuatoriana de Obreros Católicos y hoy Confederación Ecuatoriana de Organizaciones Clasistas), que durante mucho tiempo estuvo en manos del clero, ha pasado ahora a ser comandada directamente por los obreros en alianza estratégica con otros sectores progresistas cristianos. Esta irradiación ideológica proletaria dentro de los sectores cristianos de avanzada y el contacto de los mismos con los campesinos y otros sectores populares próximos a la clase trabajadora, hace que los mismos sean una fuerza de apoyo no despreciable para toda fuerza social que intente los más mínimos cambios en favor de los sectores más necesitados.

Los efectos de agitación y consenso social que los conservadores y social-cristianos alcanzaban de las masas para captarlos como recursos de poder hace algunos años al apelar a la defensa de los valores sagrados de la religión, de las buenas costumbres, de las libertades individuales, de la

civilización occidental y cristiana que el comunismo foráneo satánicamente arrasaría al adueñarse del país, ya no se daban a fines de los años setenta. Las circunstancias habían cambiado. En la década de los sesenta el nivel de las contradicciones era otro y el avance de la clase obrera no había llegado al que hoy alcanza. Por otro lado, la burguesía industrial había incorporado en su discurso y sobre todo en su proyecto de modernización cambios que en su lenguaje llamaba "estructurales y revolucionarios". Por ello, la modernización del país, la industrialización acelerada del país, la explotación petrolera controlada por el Estado, el ensanchamiento de los aparatos administrativos y de gestión gubernamental y los ataques a la oligarquía para defender a las clases marginadas eran mejores tácticas discursivas para la lucha ideológica que los gastados discursos de la paranoia reaccionaria. Por ello el pueblo ecuatoriano se convenció y con ellos los partidos modernos fueron creando un nuevo campo hegemónico que sustenta la dominación burguesa. Podríamos narrar otros episodios cotidianos de la lucha política e ideológica que las oligarquías han emprendido para recuperar el poder perdido, pero las ansias del mismo se van agotando junto a ellos. Debemos señalar, no obstante, que éstas no abandonan la lid sin presentar batalla, al contrario, con insaciables deseos de obtenerlo modifican sus tácticas, se adecuan, se modernizan en sus medios, cambian su propaganda, esconden sus valores retrógrados con la careta del progreso. Así, intentan escalar las montañas del poder por el camino de la aceptación de las reglas del juego institucionales fijadas por la novel y flamante burguesía, instalada en su solio hegemónico por los militares.

La campaña electoral previa a la primera vuelta eleccionaria, que tuvo lugar el 16 de julio de 1978, fue todo un suceso: los candidatos de las tradicionales oligarquías derrocharon dinero a manos llenas en un florido y multicolor desfile de nuevos eslóganes sabiamente contruidos por empresas propagandísticas extranjeras; llovieron entrevistas por la radio y televisión; se multiplicaron las encuestas de opinión para influir sobre las decisiones; se gastaron millonadas en remitidos, anuncios periodísticos y en cuñas por la radio. Se usaron profusamente los medios masivos de comunicación; en otros términos, se utilizaron científicamente los adelantos publicitarios y se trabajó la información para que los aparatos ideológicos la procesaran de modo conveniente para los usuarios o receptores.

Hubo manipulación de la opinión pública, manejo consumista de la necesidad de un candidato y fina psicología para persuadir y convencer al pueblo; todo ello en función de recuperar el trono perdido. Al parecer, el oscuro manejo con la ideología religiosa había quedado atrás. En efecto, la Iglesia se había remozado y sólo el clero más ultramontano desde sus púlpitos gritaba contra el comunismo que se viene, por la educación católica que se va y contra la corrupción de las costumbres. Era la "democracia moderna", "la eficiencia en el trabajo", la mágica palabra de "cambios estructurales"; eran las amplias sonrisas, el caballeroso respeto

a los candidatos oponentes, era el entusiasmo de las bellas jóvenes portando camisetas con el nombre del candidato y coreando su triunfo, era la nueva feria eleccionaria para la venta de candidatos al pueblo ecuatoriano. Y en esta gran realización, los candidatos tradicionales fueron los más promovidos por todos los medios posibles.¹⁸

Llegó entonces la hora esperada, la hora de la victoria por la vía triunfal, pronosticada por los expertos en encuestas de opinión y propaganda, pero los dos candidatos de la tradicional oligarquía no ocuparon el primer puesto. Comenzó la etapa de la amarga derrota, de la victoria perdida; pero este desconsuelo duró poco. Si por las buenas, aceptando las reglas —que según pensaban les darían el triunfo— habían perdido la primera oportunidad de llegar al poder, la segunda —calculaban— sería difícil. Por esto iniciaron sus maniobras conocidas. En el nivel del gobierno forzaron el paro del proceso eleccionario y la prolongación de la dictadura. En lo económico, intentaron crear el pánico, escondieron las divisas, subieron los precios de los productos para presionar al gobierno a un nuevo golpe de Estado. Con razón uno de los jefes de las fuerzas armadas y componente del triunvirato gobernante, en el mes de junio, o sea un mes antes de las primeras elecciones, previendo ya las consabidas maniobras de estos sectores decía en una entrevista que: “esperaba que aquellos candidatos que se vieran desfavorecidos por los resultados no golpearan las puertas de los cuarteles con intenciones de desconocer el pronunciamiento de las urnas”.¹⁹

Pero hubo más todavía; volvieron los hábiles leguleyos, “intelectuales orgánicos trasnochados”, a buscar las artimañas más sofisticadas para anular los primeros resultados. Sus voceros más osados hablaban de fraude y de repetición de las elecciones; anularon votos por miles y los de una provincia entera. En fin, acusaron a los candidatos ganadores de ser “comunistas camuflados”, “de no tener experiencia mayor en la administración pública, en la administración de empresas privadas o negocios” y aun así “se pretende que el país se entregue a ellos para ensayar con él”.²⁰ Hubo fricciones con el gobierno, acusaciones, réplicas, pero, a pesar de todo, los candidatos del “cambio” habían triunfado; los partidos modernos se impusieron y con ellos triunfó la burguesía en la lid ideológica y política. Frustradas las esperanzas de llegar nuevamente al poder por la ventana, las oligarquías vuelven a retomar el camino de las tradicionales alianzas; manipulan con pasmosa habilidad en el parlamento y detienen las tímidas reformas que el actual gobierno, que se denomina popular y democrático, intenta realizar para consolidarse, a nueve meses de su flamante triunfo. El proyecto político vetado por las oligarquías y respal-

¹⁸ Cfr. “Imagen Nacional”, en la revista *Vistazo*, Guayaquil, 7 de julio de 1978, p. 14.

¹⁹ Entrevista hecha por el diario *El Comercio de Quito*, citada en *Nueva*, Quito, agosto de 1978, p. 12.

²⁰ *Ibid.*, p. 11; véase también *Vistazo*, Guayaquil, 18 de agosto de 1978, pp. 22-23.

dado por los cefepistas, demócrata cristianos y socialdemócratas, dice un analista político ecuatoriano: "Es un esquema que no difiere sustancialmente de las proposiciones sugeridas tanto por la 'Filosofía y Plan de Acción' de 1972, como por las corrientes más modernizantes de la burguesía criolla y del propio gobierno norteamericano desde que se instauró el 'espíritu kennedyano' hace ya casi dos décadas".²¹

Sin duda el poder cambió de contenido y sus objetivos son nuevos; otros son los actores sociales que lo detentan. ¿Han fracasado las oligarquías? Al menos eso se vislumbra en el horizonte político del país en el último semestre de 1980. Pero, de todas maneras, el poder allí está y la nueva clase dominante, la burguesía moderna y sus aliados, está reinando no por medio de sus soportes militares sino a través de sus intelectuales orgánicos, los partidos modernos.

En esta nueva coyuntura se abren perspectivas para los partidos revolucionarios, siempre y cuando consoliden una organización amplia de masas en la cual florezca una nueva hegemonía: la de la clase obrera. Ahora bien, esta articulación hegemónica, no es una concepción unívoca de la visión del mundo proletario, sino diferentes visiones del mundo que condensan a las clases dominadas en un solo haz de fuerzas antagónicas a la dominación y a la explotación, pues sólo con esta nueva perspectiva se asegura la transformación de toda la sociedad ecuatoriana en la era del capitalismo monopólico.

²¹ J. Loyola, "Una prueba de fuego para el retorno", en la revista *Nueva*, Quito, núm. 50, agosto de 1978, p. 11.